

843  
D.

PQ 3227

.Q2

56

v.4



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS

## CUARENTA Y CINCO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1900, 1625  
1900, 1625 MONTERREY, MEXICO

### CAPÍTULO PRIMERO

En que se da cuenta de cómo entró Sainte Maline en la torrecilla, y de otras cosas que verá el curioso lector.

El primer cuidado de Ernaudón cuando vió ceder la puerta de la antesala á los golpes de Sainte Maline fué apagar la bujía que alumbraba la torrecilla.

Esta precaución que podía ser buena, pero que sólo era instantánea, no tranquilizó, sin embargo, á la duquesa, cuando de pronto la señora Fournichón, que había agotado ya todos sus recursos, echó mano al último medio y se puso á gritar :

— Os prevengo, señor de Sainte Maline, que las personas á quienes vais á incomodar son amigas vuestras; la necesidad me obliga á declarároslo.

— Pues bien, esa es una razón poderosa para que les hagamos una visita, dijo Perducas de Pincornay con acento avinado y tropezando en el último escalón.

— ¿Y quiénes son esos amigos? preguntó Sainte Maline.

— Sí, sí, sepámoslo al instante, añadió Eustaquio de Miradoux.

La buena huéspedea, esperando siempre evitar una colisión que podía hacer el mayor agravio al *Rosal de Amor*, á la vez que honrase al *Bravo Caballero*, se presentó en medio del grupo de aquellos hidalgos, y pronunció en voz baja el de Ernaudón al oído de su agresor.

— ¡Ernaudón! repitió en voz alta Sainte Maline, para quien esta revelación fué aceite y no agua arrojado sobre el fuego. ¡Ernaudón! imposible.

— ¿Por qué? preguntó la señora Fournichón.

— Sí, ¿decidnos por qué? añadieron todos los presentes.

— ¡Vive Dios! contestó Sainte Maline, porque Ernaudón es un modelo de castidad, un ejemplo de continencia, un compuesto de todas las virtudes. No, no, os engañáis, señora Fournichón, no es el caballero de Carmainges el que está ahí dentro.

Y diciendo esto se adelantó á la segunda puerta para hacer con ella lo que con la primera, pero la puerta se abrió repentinamente y apareció Ernaudón en el umbral con un gesto que revelaba claramente que la paciencia no era una de las virtudes que acababa de atribuirle Sainte Maline.

— ¿Con qué derecho ha roto esa puerta Mr. de

Sainte Maline? preguntó con severidad. ¿Con qué derecho pretende romper esta otra?

— Es él en verdad, es el caballero Ernaudón, exclamó Sainte Maline; reconozco su voz, pues en cuanto á su figura, el diablo me lleve si puedo decir en la oscuridad de qué color es.

— Eso no es contestar á mis preguntas, repuso Ernaudón.

Sainte Maline se echó á reír estrepitosamente, lo cual tranquilizó á alguno de los cuarenta y cinco, que al escuchar el tono de amenaza con que Mr. de Carmainges había pronunciado las últimas palabras creyeron conveniente bajar dos escalones.

— Con vos hablo, señor de Sainte Maline, dijo Ernaudón. ¿No me habéis escuchado?

— Sí, sí, perfectísimamente, respondió este último.

— ¿Y qué tenéis que decir?

— Que queríamos saber, apreciable camarada, si efectivamente erais vos el que habitaba esta mansión de los amores.

— Pues bien, ya que estáis seguros de no haberos equivocado, supuesto que os estoy hablando y que en caso necesario os pudiera tocar para convenceros, dejadme en paz.

— ¡Diablo! Supongo que no os habéis hecho ermitaño, y que por consiguiente no estáis solo.

— En cuanto á eso, caballero, me permitiréis que os deje con vuestras dudas, si es que las tenéis.

— ¡Bah! dijo Sainte Maline haciendo un esfuerzo para entrar en la torrecilla. ¿Es posible que estéis aquí solo? ¡Ah! No tenéis luz... ¡Bravo!

— Vamos, caballeros, dijo Ernaudón en altivo tono, creo que habéis bebido demasiado, y os perdono; no olvidéis, sin embargo, que tiene un término la paciencia con que debe tratarse á hombres privados de razón. Se han concluído las chanzas, ¿no es cierto? Hacedme el gusto de ausentaros.

Sainte Maline por desgracia sintió al mismo tiempo los estímulos de su envidiosa malignidad.

— ¡Retirarnos! ¡retirarnos! gritó con enojo: señor de Carmainges, nos decís eso de un modo...

— De un modo que no os dé lugar á cometer nuevas equivocaciones, señor de Sainte Maline, y si es necesario, os lo repito: retiraos, señores, yo os lo pido.

— No será sin que primero nos permitáis tener el honor de saludar á la persona que os hace abandonar á vuestros amigos.

Al ver que Sainte Maline insistía, empezó á estrecharse á su alrededor el círculo que ya iba á romperse.

— Señor de Moncrabeau, dijo Sainte Maline con autoridad, bajad al salón y traednos una luz.

— Señor de Moncrabeau, gritó Ernaudón, si hacéis eso, acordaos de que me ofenderéis personalmente.

Moncrabeau vaciló, porque la voz de Ernaudón era amenazadora.

— Corriente, replicó Sainte Maline; hemos prestado un juramento, y Mr. de Carmainges es tan rígido observador de la disciplina que no querrá quebrantarlo. Nosotros no podemos batirnos unos contra otros; por consiguiente, alumbrad, Moncrabeau, alumbrad.

Éste bajó, y cinco minutos después subió con una bujía, que quiso entregar á Sainte Maline.

— No, no, le dijo éste; tenedla vos, porque se me figura que voy á necesitar las dos manos.

Y hablando así dió un paso adelante para penetrar en la torrecilla.

— Os tomó por testigos á todos los que os halláis aqui presentes, dijo Ernaudón, de que se me insulta indignamente y de que se ejerce conmigo una coacción, y por consecuencia estoy dispuesto á hundir esta espada en el pecho del primero que dé un paso hacia adelante.

Furioso Sainte Maline, quiso también desnudar la espada, pero al punto vió brillar sobre su pecho la punta de la de Ernaudón.

Y como al mismo tiempo dió un paso hacia adelante, sin que Mr. de Carmainges tuviese necesidad de hacer el menor esfuerzo, sintió su agresor el frío del acero, se echó atrás, y bramó como un toro herido.

Entonces dió Ernaudón un paso hacia adelante, igual al que Sainte Maline acababa de dar á retaguardia, y apoyó la espada por segunda vez en el pecho de este último.

Sainte Maline se puso pálido, pues en manos de su contrario estaba el clavarlo en la pared, pero retiró con prontitud su espada y la envainó diciendo:

— Merecéis morir mil veces por vuestra insolencia, pero el juramento de que hablasteis poco ha, me ata las manos, y no volveré á tocaros: os vuelvo á decir que me dejéis libre el paso.

Hablando así dió un paso hacia atrás para ver si

se le obedecía, añadiendo poco después con el acento y el ademán de un rey :

— Paso, caballeros; salid, señora, yo respondo de todo.

Entonces apareció en el umbral de la torrecilla una mujer cuya cabeza cubría una papalina y cuyo rostro ocultaba un velo, y la cual se apoyó temblando en el brazo de Ernaución.

El joven, como si estuviese seguro de que nada tenía que temer, atravesó denodadamente la antecámara por medio de sus camaradas inquietos y curiosos.

Sainte Maline, cuyo pecho rozó ligeramente la espada de Ernaución, se había retirado á la meseta de la escalera, desesperado por la merecida afrenta que acababa de sufrir á presencia de sus camaradas y de la dama desconocida.

Viendo que todo se conjuraba contra él y que sería objeto de continuas burlas é insultos si las cosas quedaban entre él y Ernaución en el estado que tenían, quiso apelar al último extremo, y cuando pasaba Ernaución por delante de él desenvainó la daga.

¿Era su intención herir á Carmainges? ¿Quiso efectivamente hacer lo que hizo? He aquí una cosa imposible de averiguar, sin haberla leído en el tenebroso pensamiento de aquel hombre, en el cual ni aun él mismo podía leer en aquellos momentos de cólera.

Pero es cierto que su brazo cayó sobre la pareja que se retiraba, y que la hoja de su puñal, en vez de sepultarse en el pecho de Ernaución, atravesó la pa-

palina de la duquesa y cortó una de las cintas de la careta.

La máscara cayó al suelo.

El movimiento de Sainte Maline había sido tan rápido, que en medio de la confusión nadie lo había advertido, ni podido por lo tanto oponerse á él.

La duquesa lanzó un grito al ver que se le desprendía la careta y al sentir en su cuello la frialdad de la hoja de la daga, que afortunadamente no llegó á hierirla.

Sainte Maline, mientras Ernaución procuraba averiguar el motivo de aquel grito, tuvo el tiempo necesario para recoger la careta y presentarla á la duquesa, de modo que á la luz de la bujía de Moncrebeau pudo ver el bellissimo semblante de la joven dama, pues nada se lo impedía.

— ¡ Ah! exclamó con acento burlón é insolente, es la hermosa dama de la litera : Ernaución, os doy la enhorabuena, pues veo que adelantáis grandemente en vuestros asuntos.

Ernaución se detuvo y desenvainó á medias la espada arrepiñándose de no haberla conservado empuñada, cuando la duquesa le dijo en voz baja y llevándole hacia los escalones :

— Venid, venid, caballero Carmainges; os lo suplico.

— Ya volveré á veros, señor de Sainte Maline, gritó Ernaución alejándose, y creed que me pagaréis esa infamia con todas las demás.

— Bien, bien, le respondió Sainte Maline, arreglad vuestra cuenta, al paso que yo arreglo la mía; día llegará en que las ajustemos juntos.

Carmainges oyó estas palabras, pero nada contestó á ellas por atender exclusivamente á la duquesa.

Llegados por fin los dos al piso bajo, nadie se opuso á su salida, pues los individuos pertenecientes á los cuarenta y cinco que no habian subido la esca- lera, censuraban sin duda en voz baja la imprudente conducta de sus compañeros.

Ernautón condujo á la duquesa á su litera, que estaba al cuidado de dos lacayos. No bien aquella dama entró en ella, cuando, teniéndose por segura, estrechó la mano de Carmainges entre las suyas diciéndole :

— Caballero Ernautón, después de lo que acaba de suceder, después del insulto que he recibido, y que no habéis podido evitar, no obstante vuestro valor, no podemos volver aquí sin peligro de que se repita. Busead, pues, por estos barrios alguna casa que se alquile ó se venda, y pronto tendréis noticias mías.

— ¿Debo separarme ya de vos, señora? preguntó Ernautón inclinándose en señal de obediencia á las órdenes que acababa de recibir, y que eran demasiado lisonjeras á su amor propio para que se parase á discutir las.

— Todavía no, señor de Carmainges, todavía no, seguid á mi litera hasta el Puente Nuevo, pues temo que ese miserable que me conoce por la dama de la litera, pero que ignora quién soy, venga en mi seguimiento y averigüe en dónde habito.

Ernautón obedeció, pero nadie siguió sus huellas para espiarlos.

Al llegar la duquesa al Puente Nuevo, que entonces merecía este nombre, pues sólo hacía siete años

que el arquitecto Ducerceau lo había echado sobre el Sena, acercó su mano á los labios de Ernautón y le dijo :

— Idos ya, caballero.

— ¿Podré preguntaros cuándo volveré á veros, señora?

— Eso dependerá de la prisa que os deis á cumplir mi comisión, y ella me servirá al mismo tiempo de prueba del deseo que tengáis de verme.

— ¡ Oh! señora, confiad enteramente en mí.

— Así lo haré, adiós, caballero mío.

La duquesa dió á besar por segunda vez su mano á Ernautón y se alejó seguidamente.

— Esto, á la verdad no deja de ser extraño, dijo el joven volviendo atrás, esa mujer me tiene afición, cosa de que no puedo dudar, y sin embargo, no se cuida de saber si puedo ó no ser víctima de ese mal-dito de Sainte Maline.

Un ligero movimiento de hombros que hizo al mismo tiempo, probó que el joven apreciaba en su justo valor aquel descuido de su dama.

Pero volviendo á hacerse cargo de aquel sentimiento, que nada favorable se presentaba para su amor propio, prosiguió de este modo :

— Con efecto, estaba muy turbada, y ya se sabe que el temor de ser conocida puede más en una princesa que todos los pensamientos amorosos del mundo. Porque al fin, añadió sonriéndose, mi dama es una princesa.

Y como este sentimiento era para él más agradable que el otro, triunfó y se apoderó completamente de su imaginación.

Pero no pudo ahuyentar el recuerdo del insulto que le habían hecho: volvió, pues, vía recta á la hospedería para que nadie tuviese el derecho de suponer que él temía las consecuencias de lo que llegase á resultar de aquel lance. Estaba decidido á faltar á todas las consignas y á todos los juramentos posibles y acabar con Sainte Maline en cuanto pronunciase una palabra ó hiciese un gesto.

El amor y la vanidad heridos con un mismo golpe le inspiraban tanta cólera, que en el estado de exaltación que tenía hubiera sido capaz de luchar contra diez hombres.

Esta misma resolución brillaba en sus ojos cuando llegó al umbral del *Bravo Caballero*.

La señora Fournichón, que esperaba su vuelta con ansiedad, permanecía en el umbral temblando de pies á cabeza.

Al ver á Ernautón se enjugó los ojos, dando á entender que había llorado mucho, y echañdo sus dos brazos al cuello del joven le pidió mil perdones, á pesar del empeño de su marido, quien sostenía que no habiendo cometido la menor falta, no había por qué pedir tantos perdones.

La buena huésped no era tan desagradable para que Carmainges le conservase el menor rencor, y por lo tanto la aseguró que estaba satisfecho de su conducta, y que el único culpable era su vino.

Este fué un aviso que el marido pudo comprender perfectamente, y así fué que dió las gracias con la cabeza á Ernautón.

Mientras sucedía esto á la puerta, todos los del interior estaban sentados á la mesa y hablaban con

calor del suceso, que formaba sin contradicción el punto culminante de aquella noche divertida.

Muchos culpaban á Sainte Maline con la franqueza que tanto caracterizaba á los gascones cuando hablan unos con otros.

Otros se abstendían de tomar parte en la discusión viendo que su camarada arrugaba el entrecejo y le temblaban los labios, tal vez en fuerza de sus reflexiones.

En cuanto á lo demás, también se criticaba con el mismo entusiasmo la cena de la señora Fournichón; pero al ponerle faltas se filosofaba y á esto se reducía todo.

— En cuanto á mí, decía en alta voz Mr. Hector de Birau, ya sé que Mr. de Sainte Maline tiene la culpa de todo, y que si yo me hubiese llamado Ernautón de Carmainges probablemente estaría á estas horas Mr. de Sainte Maline tendido en esta mesa en vez de asistir á nuestra cena.

Sainte Maline alzó la cabeza y miró á Hector de Birau.

— Lo dicho dicho, añadió éste; pero mirad, en el umbral de la puerta divisó á un sujeto que me parece ser de mi misma opinión.

Todas las miradas se dirigieron hacia el sitio indicado por el joven caballero, y se vió á Carmainges pálido y de pie en el cuadro formado por la puerta.

Al verle semejante á una aparición, todos sintieron bañados sus cuerpos de sudor frío.

Ernautón descendió del umbral como hubiera podido hacerlo de su pedestal la estatua del comendador, y se fué derecho á Sainte Maline, sin pro-

vocarle en realidad, pero con una firmeza que hizo palpitar á más de un corazón.

Por todas partes salieron entonces estas palabras:

— Por aquí, por aquí, Ernautón; venid, venid, pues ya sabéis que á mi lado tenéis siempre asiento seguro.

— Mil gracias, caballeros, el caso es que quiero sentarme al lado de Mr. de Sainte Maline.

Éste se levantó, y todos fijaron en él los ojos; pero en el movimiento que hizo se cambió completamente la expresión de su rostro.

— Os voy á hacer sitio como deseáis, dijo á Carmainges, pero al hacérselo, debo pedirlos franca y sinceramente que disimuléis la estúpida agresión de esta noche; estaba embriagado, como vos mismo lo habéis dicho, y así dispensadme.

Esta declaración, hecha en medio de un silencio general, no satisfizo á Ernautón, aunque era evidente que ninguno de los cuarenta y cinco había perdido una sílaba de ella, y que todos ansiaban saber cómo terminaría la escena.

Pero cuando pronunció Sainte Maline las últimas palabras, mil gritos de júbilo lanzados por sus camaradas, manifestaron á Ernautón que debía darse por satisfecho y que estaba plenamente vencido, y por consiguiente su buen sentido le aconsejó callar, y una mirada que dirigió al mismo tiempo á Sainte Maline le hizo conocer que debía desconfiar de él más que nunca...

— Este miserable es valiente, á pesar de todo, dijo para sí Ernautón, y si cede ahora debe ser por

efecto de alguna combinación odiosa que más le satisface.

El vaso de Sainte Maline estaba lleno, y él mismo tuvo la atención de llenar el de Carmainges.

— Ea, ea, gritaron todos, haya paz, señores; á la reconciliación de Ernautón y Sainte Maline.

Carmainges se aprovechó del estrépito producido por el choque de los vasos, é inclinándose al oído de Sainte Maline con la sonrisa en los labios para que no pudiese sospecharse el sentido de las palabras que le dirigía, le dijo:

— Señor de Sainte Maline, me habéis insultado por segunda vez sin ofrecerme reparación alguna; cuidado conmigo, porque á la tercera os mataré como á un perro.

— Hacedlo, hacedlo, caballero, si podéis, repuso Sainte Maline, porque os juro por mi honor, que si yo me hallase en vuestro lugar obraría del mismo modo.

Y los dos enemigos mortales chocaron sus vasos como hubieran podido hacer los dos mejores amigos.